



**SECRETOS  
DEL ARTE  
DE NARRAR**

Muestra de relatos del taller  
de narrativa dictado  
por Carmen Ollé



**PETROPERU**



**Secretos del arte de narrar.  
Muestra de cuentos  
del taller de narrativa  
dictado por Carmen Ollé**



Petroperú SA

*Secretos del arte de narrar.*

*Muestra del taller de narrativa dictado por Carmen Ollé*

Lima, Petróleos del Perú, 2018, 80 pp., 14,5 x 20,5 cm

Primera edición, enero de 2018

Tiraje: 500 unidades

© Petróleos del Perú-Petroperú SA

Gerencia Coporativa Gestión Social y Comunicaciones

Avenida Enrique Canaval Moreyra 150, Lima 27, Perú

Teléfono: (511) 614-5000, anexos 11220 y 11224

[www.petroperu.com.pe](http://www.petroperu.com.pe)

[cope@petroperu.com.pe](mailto:cope@petroperu.com.pe)

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Corrección de estilo, edición, diseño y diagramación: Grafos & Maquinaciones SAC

Imagen de portada: Kakapo Studio/[www.shutterstock.com](http://www.shutterstock.com)

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2018-02654

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 06 - Perú

Publicado en febrero de 2018

Lima, Perú, febrero de 2018

## Índice

|  |    |
|--|----|
| Palabras iniciales                                 | 7  |
| Anitas<br>LUIS JUAN TORRES LUIS                    | 9  |
| El secreto de Bea<br>ÁNGEL MÁLAGA                  | 11 |
| Faltan pocos minutos para las ocho<br>EDUARDO SOSA | 15 |
| Renuncia<br>MARÍA AGUILAR                          | 19 |
| Diáfano<br>MARIBEL CUELLAR                         | 21 |
| El centro no se come<br>ÁNGEL MISARI               | 23 |
| El dije<br>ANYELA MARIÑO                           | 25 |
| Encuentro<br>MARYANI PAZ                           | 27 |
| Insectos negros<br>WILHELM COYCO                   | 31 |
| Las palabras y la voz<br>ALFONSO RIVADENEYRA       | 33 |
| 365 días<br>JULIANE ANGELES                        | 35 |

|                                     |    |
|-------------------------------------|----|
| Noches con Luz<br>FEDERICO PFLUCKER | 41 |
| Manténganse cerca<br>CÉSAR ARMAS    | 47 |
| Medias<br>NADDIA ALTAMIRANO         | 49 |
| Paisaje<br>LUIS LEÓN                | 53 |
| Paloma negra<br>NANCY SÁNCHEZ       | 55 |
| Patio de comidas<br>CLAUDIO TEMOCHE | 59 |
| Reloj de arena<br>ROSA CÉSPEDES     | 63 |
| Señales<br>DAVID NAVARRO            | 67 |
| Sizigia<br>BRUNO CUEVA              | 69 |
| Noche en guardia<br>MARTHA ROBLES   | 73 |
| Un poco más<br>PEDRO REYES          | 75 |

## Palabras iniciales

Desde 1979, la Bienal de Cuento «Premio Copé» es, sin duda, uno de los certámenes más esperados de la agenda literaria peruana. Sin embargo, el compromiso de Petroperú con la escritura creativa va más allá de organizar los concursos más prestigiosos y de más larga vida en el país. En no pocas ocasiones, los participantes han expresado su deseo de que la empresa organice también talleres que mejoren sus habilidades y recursos. Así han nacido «¿Cómo mejorar un cuento?» y «Secretos del arte de narrar», talleres de composición y edición narrativas a cargo, respectivamente, de los escritores Marco García Falcón y Carmen Ollé. Este último taller contó con cuatro sesiones, del 20 de septiembre al 11 de octubre de 2017.

«Secretos del arte de narrar» buscó motivar habilidades creativas y proporcionar destrezas técnicas en el trabajo literario. En la primera sesión se discutieron los elementos de la narración, y se revisó el proceso de composición, según el escritor estadounidense H.P. Lovecraft, a fin de establecer la utilidad de una sinopsis argumental. En la siguiente sesión se examinó el punto de vista, según la escritora estadounidense Janet Burroway. Se vio también las diferencias entre narrar

en primera y tercera persona, así como las diversas modalidades al relatar una historia. En la tercera sesión se expuso sobre la caracterización y construcción de personajes, desde la perspectiva de Cinthya Caden y F.B. Quevedo. Además, se propuso la relevancia de cómo establecer la necesidad de un personaje. Por último, en la cuarta sesión se revisaron otros aspectos importantes para la escritura creativa de narraciones: la intriga, el tiempo en el relato, y las diferencias entre decir y mostrar.

Esta selección de relatos —que agrupa los textos «Anitas» de Luis Juan Torres, «El secreto de Bea» de Ángel Málaga, «Faltan pocos minutos para las ocho» de Eduardo Sosa, «Renuncia» de María Aguilar, «Diáfano» de Maribel Cuellar, «El centro no se come» de Ángel Misari, «El dije» de Anyela Mariño, «Encuentro» de Maryani Paz, «Insectos negros» de Wilhelm Coyco, «Las palabras y la voz» de Alfonso Rivadeneyra, «365 días» de Juliane Angeles, «Noches con Luz» de Federico Pflucker, «Manténganse cerca» de César Armas, «Medias» de Naddia Altamirano, «Paisaje» de Luis León, «Paloma negra» de Nancy Sánchez, «Patio de comidas» de Claudio Temoche, «Reloj de arena» de Rosa Céspedes, «Señales» de David Navarro, «Sizigia» de Bruno Cueva, «Noche en guardia» de Martha Robles y «Un poco más» de Pedro Reyes— es solo una muestra del entusiasmo creativo de un taller que consiguió convocar a aproximadamente cien personas interesadas en el arte de narrar.

*El editor*  
*Lima, enero de 2018*

**Anitas**  
*por Luis Juan Torres*

Aburrido en la terraza, la vio salir con el pequeño vestido floreado. ¡Domingo no trabajo, tengo derecho a días libres! Bebió un largo sorbo de *whisky*, y la vio abrir la puerta e irse. Era una mañana soleada. Ella estaba feliz y eso lo enojó aun más. Salió despacio, y la siguió a dos cuerdas de distancia, en su camioneta. El camino hasta el paradero era largo y solitario. Rosa lucía muy bonita.

Regresó horas más tarde. Llamó a Raúl en el camino. No estaba nervioso ni se sentía mal; una sensación de alivio y placer le recorría la espalda hasta su nuca rojiza. Sabía que no le iba a pasar nada. Cualquier cosa, llamaría a los abogados, contactaría a sus amistades en el Congreso. Estaría otra vez un tiempo en Europa hasta que todo se olvide en el club. Y relax, a voltear la página.

Estuvo fumando largo rato, sintió hambre y la llamó gritando, pero recordó que Rosa ya no estaba. Chola mal educada, no se dejó tocar el culo, pedía derechos y salir libre el domingo. Eso antes era impensable, los tiempos cambiaban para mal.

Todas las cholas se habían dejado. Vio a su padre y a sus tíos ebrios metiéndose en los cuartos de las empleadas. Escuchó los gritos de terror, luego las amenazas de meterlas en la cárcel.

Luego, él y sus primos mayores violando a Anita. La recordó con cierto cariño. Era una niña aún. Llegó de la sierra para servir en la casa de playa donde comenzaron sus primeras juergas adolescentes. Recordó a Lolo y Chingolo, quienes enterados de la chiquilla llegaron para unirse al festejo. Lolo ahora es un CEO y socio respetable del club. Chingolo maneja las fábricas de su papá, pero ya no es el tipo fiestero y feliz. La cocaína lo dejó lento en el hablar, con un carácter irascible, con una nariz rarísima, piensa al entrar en el Congreso.

Anita preadolescente y hermosa. Oírle suplicar que se detenga lo excitaba y enternecía a la vez. Él la trató bien. Le daba algo de sus propinas y no era tan patán con ella como sus primos y amigos. Un día, luego de una pijamada, le destrozaron la cara con una botella de *whisky* al intentar defenderse. La cara se le derramaba por los lados. Su papá llamó a Raúl, el chofer, para que se la llevara.

La recordó llorando y llamando a su madre en la camioneta. Inocente, pensó que Raúl la llevaría al hospital. A los días, unos familiares de Anita llegaron de algún pueblo de la serranía para buscarla. Nadie les dio respuestas. Seguridad los expulsó con violencia.

Ahora ellas se quejan más y piden derechos, le aburría eso. Raúl llegó y fue a la cochera a limpiar, luego lo mandó rápido a la casa familiar de Cieneguilla, llevando lo que había quedado.

Se tuvo que levantar molesto a buscar comida. Llamó por teléfono y pidió *sushi*. Luego puso un anuncio en una página virtual, algo que se repite una y otra vez por décadas en la prensa y ahora en internet: Se busca empleada cama adentro, muy joven, preferentemente de la sierra, sin educación ni familiares cercanos, llamar al 972...

## **El secreto de Bea** *por Ángel Málaga*

Todos le decíamos la Bea. Era la hermana de mi padre, mi tía. Vivía en la casa de mi abuela, en un cuarto, al fondo de un pasillo.

Tendría unos cuarenta años, era soltera y algo extraña. Fumaba bastante. Consumía los cigarrillos con caladas profundas. Se comía las uñas.

Tenía una mirada de continuo recelo, a veces de odio.

Era la imagen de la mujer que ha escogido quedarse al margen, mientras el mundo continúa su curso.

Mi abuela decía que le faltaba un tornillo, y los médicos, que le faltaba serotonina, que eso causaba su depresión.

Pero a mí me parecía que no le faltaba nada, que más bien algo le sobraba, que llevaba una cosa de más dentro de ella.

Era como si guardara un secreto, un recuerdo inconfesable, grávido, algo que tenía que expulsar para liberarse, pero no podía hacerlo, y eso la abatía

Fue a terapias, pero ningún psicólogo logró extraerle el secreto y liberarla de su tristeza. A veces la medicaban y eso la tenía por un tiempo tranquila. Parecía olvidar lo que llevaba dentro. Y se volvía sociable y hablaba, hablaba mucho, hasta

que, casi sin darnos cuenta, volvía a su estado anterior. A llenarse de una tristeza imprecisa e irremediable.

Cuando crecimos, ella seguía igual, sin salir de casa, sin salir de su cuarto. De no ser por sus canas, se podría decir que tenía siempre la misma edad.

Por alguna razón, yo era su sobrino favorito, tal vez porque le tenía paciencia y la escuchaba y solíamos pasar el tiempo jugando cartas. Pero, después de que murió mi abuela, ya no la visitaba mucho.

Solo la llamaba por teléfono. Una o dos veces por semana. Había días en los que me bastaba escucharle unas cuantas palabras para saber que la depresión la estaba consumiendo, entonces trataba inútilmente de alegrarla. Pero cuando era ella quien me llamaba, era peor aun. Sus palabras sonaban rápidas, nerviosas, como si quisiera decir muchas cosas a la vez.

Un día de lluvia, yo estaba en la calle, caminando apurado hacia mi casa, cuando sonó mi celular.

Pensé en no contestar, pero vi que era ella y recordé que en los días de lluvia se ponía especialmente triste, peligrosamente triste.

La lluvia no era tan fuerte, caía sesgada.

—Aló, Bea, estoy en la calle, te llamo...

—Escucha, escúchame bien lo que te voy a decir. Cuando yo era una niña, tu abuelo, a quien tú querías tanto... (...) (Una interferencia, quizá provocada por la lluvia, me impedía escucharla, pasó un rato y cuando la interferencia pareció terminar, yo quise decirle que me repitiera lo que me había estado diciendo porque no la había escuchado, pero ella seguía hablando)... y fue así (...) y yo era una niña muy débil... (...) y mi mamá, en vez de... (...)

Oía frases aisladas, entrecortadas.

Por fin, cuando la interferencia terminó y la comunicación volvió a ser clara, Bea comenzó a sollozar:

—¿Entiendes? ¿Ahora me entiendes?

Gemía. Le era difícil respirar.

Y luego:

—Gracias por haberme escuchado. Nunca volveré a repetir lo que te acabo de contar, me moriría de vergüenza. ¿Sabes?, esto no se lo había contado nunca a nadie, no sé qué me pasó, lo he guardado dentro tanto tiempo... Perdóname, yo no quería... Es demasiado fuerte, ¿verdad?

—¿Estás bien? —le dije, la garganta se me cerró y la voz salió apenas.

—Sí, me siento mucho mejor, me siento liberada.

—Gracias por habérmelo contado a mí, Bea, no te preocupes, no lo contaré nunca a nadie.

Desde ese día ella cambió. No necesitó más pastillas ni psiquiatras.

Al día siguiente, la fui a visitar. Parecía haberse distendido, desmadejado, hablaba con fervor de las cosas más banales. Por primera vez le vi en el rostro un atisbo de felicidad.

Jugamos cartas como cuando yo era un niño. Reímos. Me habló de un viaje que quería hacer. En un momento, me dijo:

—Ya sabes, ni una palabra de lo que te conté —me miró fijamente durante algunos segundos, mientras lo decía, yo mantuve la mirada con esfuerzo y sentí una ligera vergüenza sin saber muy bien de qué.

Su mano frágil y huesuda se cerró sobre la mía:

—Gracias. Gracias por escucharme y por guardar el secreto.

Supe en el acto que nunca me atrevería a confesarle que no la había escuchado, que la confesión de su secreto se había quedado suspendida en algún lugar del espectro

electromagnético, entre el humo de los autos y las nubes de la ciudad.

Bea murió sola, de un ataque de asma en medio de la noche, cuatro meses después de esa conversación.

Cuando mi hermano me dio la noticia, la cara se me llenó de lágrimas en un segundo y pensé que Bea se había ido de este mundo con su secreto.

A veces me quedo mirando el cielo, y espero que ese espectro, como un eco, me devuelva sus palabras. Pero tal vez sea mejor así, que el secreto de Bea se haya quedado allí, suspendido, como un telón que no cae, aunque las luces de su función se hayan apagado para siempre.

**Faltan pocos minutos para las ocho**  
*por Eduardo Sosa*

La he cagado muchas veces, pero esta es monumental. Solo me quedan unas horas para las ocho de la mañana, momento en el que llega el señor Veliz, mi jefe, para remediar este error. He intentado algunas soluciones y, aunque todavía no tengo éxito, conservo la esperanza de superar esta situación. Hace un rato, cuando creí que todo estaba perdido, comencé a llamar a algunos amigos. Primero me comuniqué con Paula, quien trabaja confeccionando ropa en Gamarra. La tuve que despertar, iba a ser la una de la madrugada, pero era urgente. ¿Cómo voy a confeccionar la camiseta que Perú usó en las olimpiadas de Berlín 1936?, me dijo, antes de soltar una carcajada. Ese es mi problema: tengo que encontrar un reemplazo de la camiseta que usó Lolo Fernández, uno de los mejores futbolistas peruanos, en esas olimpiadas. Esa camiseta es el objeto de mayor aprecio de mi jefe y en un descuido se la han llevado. ¿Pero cómo pasó, Rolando?, me preguntó Paula. Había cabeceado por unos minutos, tuve que aceptar. No le conté de la cerveza que me invitaron los dos sujetos que se ganaron mi confianza y que se pusieron a brindar al frente del edificio que cuido. Solo para quitarme el frío, les dije cuando

acepté la invitación. Luego conversamos de todo, incluida la camiseta. ¿Y las cámaras?, replicó Paula. En lo mismo pensé cuando desperté y no encontré la camiseta: las habían desactivado. Unos ladrones minuciosos, deduje cuando noté que el resto de cosas estaba en su sitio, pero recordé que el señor Veliz siempre se vanagloriaba de que esa camiseta era la única que estaba en el mercado de coleccionistas y tenía un valor sentimental muy alto por haber sido del máximo ídolo de su equipo. Ladrones hinchas, me corregí. Entonces era la medianoche y supuse que sería despedido. No llamé a la Policía para evitar el escándalo y porque creí remedir el error. Lo primero que hice fue buscar en internet, pero no había nada. Por eso te llamé, Paulita, al acordarme de tu trabajo. No tengo los detalles o el diseño y mucho menos el material, no seas loco, me respondiste. Pero al menos me diste el contacto de un conocido tuyo: Alindor Alarcón, el mejor cachinero de Lima. Él te encuentra de todo, me dijiste. Eran las dos de la mañana cuando lo llamé. No le molestó que lo haya despertado, no era la primera vez que lo buscaban de madrugada, pero me advirtió que tendría que pagar una buena suma o, al menos, dejar alguna garantía. Si bien el dinero no me sobra, prioricé conservar este trabajo, de buena paga y poco esfuerzo: uno de los más fáciles que he tenido, entre todos los que hice desde que llegué a Lima. De lo único que tenía que preocuparme era de no dormir: sería un vigilante de madrugada. Al ser en una de las zonas más exclusivas de Lima, con serenos y alarmas por todos lados, ¿quién robaría por acá?, concluí. Pero esta fue una jugada fina, me la hicieron. Alindor Alarcón me dijo que no disponía de la camiseta, pero conocía a alguien que vendía objetos antiguos de fútbol y, sobre todo, de Lolo. Lo contacto y te aviso, me indicó. Le pedí premura, antes de

las ocho, si es posible. Eran las cuatro de la madrugada y veía una esperanza. Una hora después, Alindor Alarcón aumentó mis expectativas: su contacto, el *piurano*, tenía una camiseta de esa selección... ¡Di un salto!, ¡como si celebrara un gol! Inmediatamente llamé al *piurano*. No estaba cerca, pero podía traer el polo a las diez de la mañana. No lo dudé y le pedí que lo trajera. Había solucionado el problema, pero me surgió otro: qué le digo a mi jefe, él llegaría a las ocho y no vería su camiseta. Han limpiado su oficina, por lo que llevé varias de sus pertenencias al almacén, planifiqué decirle. Y así lo hice. El señor Veliz llegó minutos antes de las ocho. Todo está en el almacén, le dije, confiado. En poco más de dos horas serán regresadas sus cosas, luego de la limpieza, añadí sin darle tiempo de que me haga alguna pregunta. Todo salía como lo había previsto. Aun más, pasadas las nueve sonó mi celular. ¡Era el *piurano*! ¿A qué hora traes la camiseta?, le increpé, sin darle tiempo a saludo alguno. Estoy cerca, dijo. ¡Perfecto! Y eso que mi jefe pensaba que la de Lolo ya no se podía encontrar, le confesé, como si fuese un viejo amigo. Estoy llevando la número 6, la 9, de Lolo, la vendí, hace un tiempo, a un empresario de apellido Veliz, según recuerdo.



## Renuncia *por María Aguilar*

Y de pronto, todo en absoluto, una vez más no tenía sentido alguno. Camina con lentitud mientras un aire frío le seca las lágrimas. Acaso, ¿esta vez sería para siempre? No logra soportarlo, ya no resiste más. Piensa en la noche anterior, mientras mira fijamente desde lo alto.

¿Hasta cuándo?, se decía ella.

La presencia de Alejandra en la vida de Mauricio era vital, sin embargo, también representaba un obstáculo. La última pelea lo había dejado sentido, ella se estaba mostrando poco tolerante, según él. Guardaba muy buenos recuerdos de esa relación, pero deseaba más tiempo con sus hijos. Le aterraba la idea de perderlos. Ellos no la aceptarán, se repetía constantemente.

—Esto ha llegado a un punto que ya no puedo sostener —le dijo—. Mi prioridad es pasar el máximo tiempo posible con mis hijos. Siento que los estoy perdiendo.

—¿Perdiendo? ¿Por qué dices eso? Solo están creciendo y desean pasar más tiempo con sus amigos. No los estás perdiendo.

—No puedo, quiero hacer más cosas con ellos y debido a esta relación no puedo.

—Antes no decías eso, me pedías que no me preocupara. Que no piense en los demás. Eso siempre me preocupó, pero yo solo confié en tus palabras.

—Piensa en ti, tú deberías tomar una decisión —le dijo quizá con indiferencia.

—¿Por qué no les hablas de mí? —preguntó, pero él no contestó— Yo te amo y confié en ti —dijo, aguantando ese nudo en la garganta para no llorar.

—No te hagas la víctima —respondió indolente.

—Tú prometiste muchas cosas. Yo te creí.

—Alejandra, no puedo, nunca me dará el divorcio. Estás renunciando a muchas cosas.

—Nunca me casaré contigo. No quiero más hijos.

—¿No me quieres?

—Deberías pensar en cosas más importantes, eso ahora es lo de menos —dijo con ofuscación.

Muchos planes postergados por lealtad a él, creyó ciegamente todo lo que Mauricio le dijo en los primeros años de relación. No entiende cómo de la noche a la mañana le dice que la relación se hace insostenible, que ya no puede lidiar con esa presión. Guardar todos sus objetos personales e irse de la casa cada vez que sus hijos van de visita es una tortura, pero lo acepta cada vez con paciencia y amor. Lo aceptó todo por estar a su lado. Perdonó, amó y amó.

Rompe a llorar, llora como niña, él sigue sin contestar si la sigue la queriendo. Alejandra recuerda la primera vez que Mauricio le dijo «te quiero»; la emoción intensa cuando dijo que le había devuelto la alegría a su vida.

**Diáfano**  
*por Maribel Beatriz Cuellar Mallqui*

Van varios días que papá no me quiere hablar. Es probable que esté enojado por la última travesura que hice al escondermelo en el asiento trasero de su carro. Desde ese día mamá se fue de la casa, llevándose a mi hermano. Por eso lo acompañé todos los domingos al mismo lugar, creo que es su manera de enseñarme que debo obedecer. Salimos de la casa en su carro y como siempre no me dice nada, se le ha hecho costumbre llevar un peluche de osito, como el que perdí hace muchos años. Y como siempre prefiero ser yo quien rompa el hielo: «Papá, sé que hice mal al seguirte a tu trabajo, pero quería saber qué hacías». Como siempre no me responde. «Oye, debiste contarme que era emocionante», pero nada.

Para cuando llegamos al mismo lugar, a esa carretera desolada a las afueras de la ciudad, allí la cosa se pone peor. Papá para el carro, maldice el día que escogió la mala vida. Sale y voy detrás de él. Hago un último intento por disculparme: «Papá, sé que me dijiste que las armas son peligrosas, pero ese hombre te estaba amenazando con su revólver. Tenía miedo de que te lastimara... por eso disparé primero». Cuando llegamos al descampado ya sé lo que va a pasar. Ahora hay un

globo en forma de dinosaurio como los que me gustan y está atada a una cruz blanca que no estaba antes. Papá se arrodilla y comienza a llorar desesperadamente, se golpea a sí mismo y no me escucha. Se me ocurre algo: tomo el globo y se lo acerco al rostro. Lo ve, lo abraza, llora en silencio y vuelve a decir lo de siempre: «Hijo, perdóname». Todo es monótono y no entiendo por qué la cruz lleva mi nombre.

**El centro no se come**  
*por Ángel Misari*

Un día más, nosotros comeríamos rodajas de piña después del almuerzo. Yo miraba cómo Rigoberto las cortaba con cierta elegancia y las dejaba caer en el plato, como si en ellas se acumulasen monedas gigantes de oro. Debía de ser seguramente la práctica continua en el piano; ha comenzado a tener esa destreza en la yema de sus dedos, como si ellas die-ran movimientos con el fin de hacer bailar a un títere y no a uno cualquiera, sería uno de esos que, cuando se presenta en un escenario, hace que el público abra apenas sus párpados simultáneamente con la boca, logrando que avive aun más el espíritu del artista. Una vez cortadas unas pocas y suficientes rodajas de piña, mi hermano las separó en distintos platos: para él, para su enamorada y para mí. Mi hermano y su pareja se recostaron en el viejo sofá, mientras yo me fui a sentar, como siempre, en el piso, semejante a una posición de yoga, con el plato entre mis piernas. A mi lado, aún se encontraba el cojín verde nostalgia, más empolvado que sucio y que, al parecer, nadie se atrevía a levantar. El olor de la piña comenzaba a esparcirse por todo lo que nos rodeaba junto con el color verde tristeza del cojín. Me alegraba en cierta forma

que mi hermano no se haya confundido al servir los trozos de fruta amarilla. Por lo general, él las servía en cuatro platos porque seguramente seguía pensando que mi hermanita, Meri, aún nos acompañaba, cuando hace tres días que ha partido a ocultarse entre las nubes, donde dice la gente *desde ahí nos está observando*, y que muchas veces bajan a la tierra a saludarnos, posando su transparente mano en nuestro hombro, que sentimos como un ligero escalofrío. Y, según el tío Shino, que en realidad no es mi tío, pero lo trato como tal, al carecer de un cuerpo, ya no poseen calor, por eso se muestran como un viento helado que nos rodea en algunos momentos. Después de haber mirado el cojín, el sentido del olfato se pierde entre los rastros del recuerdo que evocan cada segundo a Meri. Vuelve a pasar un ángel durante nuestra comida y el silencio que deja se hace más pesado. Es inevitable saber que llega el verano con más intensidad; que Meri ya no está tosiendo a lado de nosotros y que su inmensa sonrisa nunca volverá. Quizá lo que aún permanece de su rostro en mí es cuando, al llegar a terminar de comer la fruta olorosa ella y yo al mismo tiempo, le diga: *Meri, no vayas a comer el centro de la piña*. Ahora, mis ojos se saturan de un líquido incoloro, que no tardarán mis párpados en exprimirse, arrojando lágrimas al plato, donde veo que he comido una parte del centro de la piña, y voy sintiendo que la lengua me arde, me pica, no sé bien la sensación, pero nada se compara con el amargo gusto que habita en el centro... y no de la piña sino de mi corazón.

## El dije *por Anyela Mariño*

En una habitación gélida, sepulcral. Tendido inmóvil sobre la cama, con la luna llena iluminándolo por completo. Espera con frenesí la agonía de las horas y el final de sus recuerdos, que son como cuchillos penetrándolo en lo más profundo.

Jeremías caminaba desconsoladamente, con la idea de encontrar su dije. Era la primera vez que sentía la brisa del viento sobre su cuerpo.

—Fue el regalo de mi abuelo. Me lo dio cuando yo tenía siete años y desde ese instante no pude borrar de mi mente aquella cruz plateada que tanta felicidad me trajo todos estos años.

A medida que avanzaba, iba perdiendo la esperanza. Las calles se hacían más largas y recuperarlo era una utopía. Entonces decidió sentarse en una banca, puso sus manos sobre su cabeza e intentó recordar con desesperación. Se vio abriendo el portón, sus manos trémulas hicieron caer la llave, se inclinó para recogerla y salió aprisa. La memoria no perdona y es mala consejera, cuando uno necesita de ella, nos hace percibir falsas situaciones.

No sabía si llorar o reír por la estupidez de perder algo valioso, algo que lo llevaría a conocer esa felicidad, tan esquiva

y solo vista de lejos. Se arrepentía de haber recogido aquella maldita llave, pero era su libertad, a pesar de todo.

Se puso de pie y Jeremías siguió caminando por estrechos pasajes ocultos, mas se quedó absorto. Nunca vio un sitio más hermoso, donde la luna brillara con intensidad, y todo a su alrededor se asemejara a un día crepuscular, que hacía lucir aquellas casas con los colores más vivos como los del arcoíris. De pronto, escuchó unos sollozos y su atención desapareció. Se acercó rápidamente a una ventana para saber de dónde provenía aquel sonido que perturbaba sus sentidos. Para su sorpresa, era una radio encendida y solo atinó a seguir con la búsqueda.

—Mi vida ya no será lo mismo. Sentí su protección como un escudo contra todos, pero ahora sin el...

La noche no aguarda búsquedas ni equivocaciones. Jeremías decidió volver. Sacó la llave de su bolsillo y abrió el portón. Caminó a su habitación y se lamentó por lo ocurrido. Luego se quedó dormido, pero su sueño no fue profundo ni consolador, lo acechaba la idea de no encontrar el dije y no descansaría hasta tenerlo entre sus manos.

Se levantó súbitamente, abrió la puerta de su cuarto y se dirigió al umbral, pero cuando estuvo por salir, se dirigió a una habitación al final del pasillo. Miró por una pequeña ventana de la puerta y dijo:

—¿Sigues recordando? ¡Ja, ja, ja! ¡Ahora te quedarás y nadie te escuchará! ¡No te preocupes, vendré a visitarte!

—Nunca serás feliz con mi dije —respondió una voz débil.

—¡¡¡Soy feliz... no lo ves!!! Ahora ¿quién está loco?, ¿tú o yo? ¡Ja, ja, ja!

Se marchó para seguir buscando el dije, que tan feliz hizo al guardia del manicomio.

## Encuentro *por Maryani Paz*

Hay un orden cronológico en la distribución de las almas. ¿Acaso no lo has notado? La historia de la humanidad, la Biblia, tu vida; todo lo indica así. Al principio, fueron dos. Vivieron por mucho tiempo y quizás hubiesen sido eternos si no desobedecían. Luego las almas empezaron a distribuirse, a fragmentarse más y más, por eso hoy es difícil encontrar almas gemelas. Imagina un arcoíris que se está fragmentado constantemente; la humanidad se ha convertido en un mosaico de almas.

Imagina fragmentar el arcoíris en dos porciones. Ubicarlas es fácil. Ahora imagina el mismo arcoíris fragmentado en millones y millones de pedazos. Es más difícil encontrar el fragmento adecuado. Ese fragmento que ha estado contigo desde el principio, que determina tus pensamientos, que ordena tus ideas...

Casiopea se quedó reflexiva, mirando el lago, mientras el viento llevaba las hojas secas y las palabras de Joaquín.

Era muy dura para creer en el destino, para imaginar aun eso de las almas gemelas. De pronto, llegó la imagen de cómo se conocieron. Era una tarde más fría que la de ese momento. Haría la compra de un adorno en cerámica que

mostraba la sagrada familia en versión animada. Buen obsequio para una amiga embarazada, que se le asignó en un sorteo de intercambio de regalos. El tráfico limeño la atrasó. Caminaba pensando en banalidades. Era noviembre y buscaba regalos para diciembre. Pasó por un parque de cuatro entradas que en medio tenía la gruta normalmente con el inmaculado corazón de María. Apuraba el paso. Llegó donde había quedado con el vendedor. Este resultó ser un joven muy parco. *Son veinte soles*, dijo y la dejó con el adorno.

Decidió caminar a casa. Su cuerpo aún seguía con el paso apurado, como quien va a llegar tarde a algo. Caminaba y sus pensamientos también eran rápidos. Recordaba el vidrio que se rompió en sus manos, pero que no le causó daño. Recordaba el café que le salió amargo por dejarlo al fuego y recordaba que en la mañana no vio a la virgen en la gruta del parque. Justo con su último pensamiento algo la frenó. Un joven de lentes y con un periódico largo en manos, de esos que internet iba extinguendo, le señalaba algo. Ella pensó lo peor. El joven señalaba atrás y pensó que tal vez un ladrón la estaba siguiendo. Volteó y no vio nada. El joven seguía insistiendo con un rostro dulce como quien comparte algo mágico.

Casiopea volteó ante la insistencia del joven. Esta vez vio atrás y arriba. Quedó tan maravillada que decidió sentarse en la banca. Era un hermoso arcoíris. Volteó a ver al joven y le mando una sonrisa, como queriendo decir gracias, gracias por frenar su mundo y recordarle que aún era parte de la naturaleza. Contempló el arcoíris media hora más. Los matices eran hermosos como un cuadro vivo. El parque de cuatro entradas y cuatro bancas los acogía solo a ellos dos. Bajo el arcoíris se desprendía una manera de colina con

geranios, margaritas y rosas enanas. Al costado de este aún quedaba una nube negra en contraste con los rayos del sol.

Tenía ganas de voltear y ver si el joven seguía allí. De pronto, escuchó una voz: *Soy Joaquín, descubridor de arcoíris*. Los dos rieron y conversaron hasta que la banda luminosa desapareció.



**Insectos negros**  
*por Wilhelm Coyco*

«Debería ser más considerado. Ayer me reconcilé con mi novia y hoy estoy a punto de sacar los pies del plato», pensaba mientras ayudaba con los preparativos. Mi compañero, al igual que yo, tenía una mirada serena. Cada uno realizaba su labor de la única forma que se podía hacer: con calma, sin sentimientos que obstruyeran la tarea y con una eficiencia de años de experiencia.

Es extraño. Quién podría resistir este bello escenario, rodeado de rostros tan brillosos, cuerpos de todas las formas y tamaños, e incluso, de vez en cuando, chicas en la flor de la vida, listas para ir y venir a escena, con el correspondiente momento de descanso que nosotros podíamos ofrecerles. De todas estas personas, había una en especial que me encantaba, y yo le gustaba a ella, era lógico, solo eso explicaba por qué no se había ido hasta entonces, por qué pasaba largos periodos de tiempo sin visitas de extraños y por qué la dejaron a mi cuidado.

Me quedaba hasta tarde por ella, velando por su seguridad y, entre otras cosas, ayudándola a que no perdiera el calor. Siempre se mantenía callada, no me molestaba. Era agradable

recostarme a su lado y que escuchara lo que yo tenía que decir. Claro, a veces iba a otra parte y hacía lo mismo con otra inquilina, tal vez para despertarle algún recelo, pero me propasé cuando apareció una mujer de talla alta, bastante conservada y que se quedó por más de dos semanas.

Como este caso, sucedieron unos cinco más, después del cual la culpa me corroía y decidí no volver a hacerlo, incluso si viniera una «Venus». Y heme aquí, a punto de no resistir la tentación. Al menos para distraerme, seguiré haciendo lo mismo que mi compañero. Parece que ha notado algo extraño, no me habla como de costumbre, quizás el también quedó fascinado con algún huésped... o tal vez con ella. No, ella es solo mía, si se atreve a tocarla...

Debemos mantener todo en orden y fresco, no vaya a ser que, por accidente, las moscas pongan huevos y comiencen a comerse la carne muerta.

## Las palabras y la voz *por Alfonso Rivadeneyra*

No sabes cómo me llamo, cómo me veo o cuál es la historia que me define, pero necesito tu ayuda. Siendo justos, tampoco sé quién eres, pues escribo este mensaje para quien pueda leerlo, un grito al borde del abismo. Conocerme requiere que conozcas primero a Fabiana. Ligera al andar, piel sin baches; su sonrisa es lo primero que ves cuando te la presentan y lo último en lo que piensas cuando la olvidas. Pero si tienes la mala fortuna de entrar a su vida, la cara le cambia, oscurece con el puchero, la ceja caída y la risa cachacienta. Signos de que está a punto de decirte algo doloroso, no por falso, sino por real y sin rodeos.

Todos admiran a Fabiana, compiten para ganar su atención. Quieren ser como ella, que se divierte más que nadie cada día, pero sobre todo cada noche. Las pequeñas horas atestiguan aquello que busca, pero que pocas veces encuentra en sus visitantes.

Pregúntale cómo hace para ser feliz y responderá con la frase que ensayó frente al espejo... no con la verdad. No te hablará de mí, que la acompaño a cada paso, que salto veloz cuando ella es incapaz de enfrentar al mundo. Cuando le hablo cada

palabra mía se transforma en una de sus acciones. La convertí en lo que es. Soy la voz que surgió en la guerra de sus carencias y deseos, el lado que abandona la sonrisa y abraza lo real por horrible que fuera.

¿Es mi problema que Fabiana meta la pata? ¿Que juzgara a su jefa frente a todos como indigna, fea, frígida e incapaz? Sí, por mi culpa, por mi gran culpa y bla, bla, bla. Se sintió muy bien decir eso, cinco minutos de goce por los que valió la pena ser despedida. Pero Fabiana se arrepintió al poco rato; mis órdenes de mantener la calma, ignoradas. Estoy perdiendo mis trucos, reflexioné. Necesito reafirmarme, pensó ella y fue a buscar a sus amigos de la parranda, pero no encontró a ninguno. Nunca fueron sus amigos sino míos.

Dejó de comer, así que empecé a preocuparme, pues solo existo mientras ella lo haga. Un día perdí el conocimiento y, en el breve momento que salí de la negrura, habían pasado dos semanas. Entonces vi las pastillas; luego, la oscuridad otra vez. Un hombre de bata blanca me hace preguntas y yo respondo con lágrimas en los ojos. Cada vez desaparezco por más tiempo, puede que la próxima vez sea para siempre. Ahora tengo suerte, Fabiana se olvidó de la medicina y yo empiezo mi cruzada: cada vez que tomo el control de su cuerpo, escribo una parte de este mensaje. En el teclado, en la servilleta del restaurante, en el celular, en mi mente más que nada. El resto del tiempo me conformo con escuchar a los amigos que nunca fueron míos, a sentir su amor. Pero no es a mí a quien quieren, tampoco a la Fabiana que sabe divertirse más que nadie o a la que sonrío para ocultar su pesar. Hay otra más, debajo de todas esas capas, segura de sí misma y noble. Va a fracasar, necesita mi ayuda. Y yo necesito la suya.

365 días  
*por Juliane Angeles*

Me inicié en la tristeza desde muy joven.

Fue una noche cuando mi padre rompió una figura de San Martín de Porres porque me creía muerta.

Tenía la alegría intacta y apenas 365 días en este mundo.

Ese día en que papá cortó el cuello de su gallo más majestuoso para hacer una poderosa sustancia. Una noche en que mamá llenó el biberón del líquido amarillento. Casi puedo ver los círculos de grasa apareciendo y desapareciendo. Sentir el olor a carne hervida en la choza.

Me han contado tantas veces la historia de cómo estuve a punto de morir que, cada vez que siento que estoy a punto de morir de nuevo, les pido que me la cuenten otra vez.

Nunca se niegan.

A veces les creo todo, a veces solo lo del médico o lo del gallo.

Papá cree que fue el pedazo de cerdo que comí en el almuerzo lo que casi me mata.

—Teníamos varios gallos, gallinas y pollitos. Con tu mamá siempre tuvimos mano para la crianza de aves. Ese día agarré a Dragón. El Dragón te salvó. Era hermoso.

Veinte.

Es raro escuchar la palabra «hermoso» de la boca de papá. Él no se ha dado cuenta, pero solo dice «hermoso» cuando recuerda a Dragón. Si me ha contado veinte veces la historia, veinte veces ha dicho «hermoso» en su vida.

—¿Y cómo era?

—Un gallazo. El mejor de toda la aldea. Caminaba imponente. Sus plumas eran bien brillosas. Él lo sabía.

—¿Que iba a morir en su mejor momento?

—No, pues, sabía que era hermoso.

Cuento veintiún hermosos.

Antes de que a papá se le ocurriera ir por Dragón, buscó al médico de la aldea. Al cabo de una hora, mi cuerpo iba a empezar a derrumbarse en la cama de mis padres. Mamá no sabía si llorar, rezar o hablarme para que no cerrara los ojos.

También lloraba porque se había ido papá. Iba a ver morir a su única hija sola.

La soledad está mal vista, llorar también.

—Palomino, ven a mi choza, mi hija está muy mal. No sé qué tiene. Se va...

—¿Se va a morir? Y qué chucha, todos nos morimos. En esta aldea no hay ni mierda. Nadie merece vivir por esto. Yo ya estoy muerto. ¿Ya te enteraste, no? El próximo vuelo sale en dos meses, no el lunes.

Meses antes y sin que nadie lo notase, porque sabía disimularlo muy bien, Palomino se había vuelto alcohólico. El día de mi casi muerte estaba tan borracho y desesperado por beber más que, de un patadón, derrumbó la puerta de la posta que él mismo dirigía.

Buscó en una caja, en el botiquín y en su escritorio.

Reunió todas las botellitas y se bebió todo el alcohol.

Palomino tenía razón, él ya estaba muerto, y en la aldea no había ni mierda, ni siquiera alcohol.

—Si te la vas a llevar, hazlo de una vez —susurró papá.

—¿Cómo vas a decir eso? ¡Qué te pasa por Dios! ¡No lo digas!

—Llévatela. No la hagas sufrir más.

—No te la lleves, Dios mío. ¡No lo escuches! ¡Sálvala!

Mis padres se encontraban en su disputa más trágica.

Con los años, sus peleas solo se volverían más cuchillas. Él rogaba que se me ahorre el sufrimiento, el dolor. Mamá pedía que Dios la escuche a ella. Él estaba listo para que ocurriera, para que acabara también su dolor. Mamá pedía con todas sus fuerzas que solo la escuchara a ella.

Papá tomó la figura de San Martín de Porres y la tiró al piso.

Los pedacitos del santo mulato de arcilla soltaron un humo blanco.

Papá tosió.

Pero ella insistió. «No te la lleves».

Y así fue. El Tunche la escuchó a ella.

Papá quiso golpear a Palomino hasta agotar sus fuerzas, pero en un segundo de lucidez recordó a su hija casi muerta y corrió hasta la choza. Por eso cuando oyó que alguien tocaba la puerta violentamente no fue a abrir.

Luego escuchó los gritos.

Dos palabras lo hicieron correr hasta la puerta: pastilla-hija.

Era un borracho.

—Dile (a tu) mujer (o) hazlo tú. Parte (esta) pastilla (en) ocho partes iguales. Una parte dásela (a tu) hija. (Esto le) doy a las vacas. Suerte. No puedo hacer más, perdóname.

Suert. Suer. Me demoré. Me demoré (porque) no la encontraba. (Yo) sabía (que) tenía una. Unaaa.

Palomino se echó a llorar. Papá tiró la puerta.

Nunca más lo volvió a ver.

—Le corté el cuello en una. Así se mata a las aves. Aprendí de mi mamá. La vi muchas veces matar gallos, gallinas y patos. Lo desplumé lo más rápido que pude y tu mamá lo metió en la olla.

—El agua ya había hervido. Solo faltaba llenar tu biberón con la sustancia. Ya había partido la pastilla también. No sé cómo lo hice. Me temblaba todo. No sé cómo hicimos tu papá y yo.

Cuando mamá llegó con el biberón y el pedacito de pastilla, mis ojos habían empezado a blanquearse. Mis padres se horrorizaron ante la falta de negrura en ellos.

—Blanqueabas los ojos. Te estabas muriendo frente a nosotros.

—Te tomé de la mano. Todo tu cuerpo había perdido fuerza.

—Te cargué con cuidado, me senté en la cama, y te di la pastilla y el biberón.

—Era casi medianoche. Me quedé arrodillado a la cama.

—Nos quedamos dormidos. Ya no teníamos ni lágrimas.

Papá y mamá durmieron por primera vez con el mismo y único deseo.

Mis balbuceos los despertaron a la mañana siguiente.

Mi lengua había retomado el entrenamiento natural de los niños que están a pocas semanas de decir su primera palabra.

Ahora yo los miraba. Adónde me había ido.

La negrura en mis ojos había vuelto.

—Me desperté llorando. Vi a tu papá arrodillado a la cama y lloré más.

—Sentí como si alguien me jalara del cuerpo. No podía pararme. Tenía la mitad del cuerpo adormecido.

—Y tú hablaste, hijita. O sea, dijiste algo. Lo intentaste. Para nosotros hablaste. Fue tu manera de decirnos que ya estabas bien.

—No te imaginas. No tienes idea lo que fue. No sé cómo explicártelo.

Había regresado a mi cuerpo. Empecé a balbucear como nunca. Mamá me limpió la baba que desprendía de la boca. Papá recogió los pedazos del San Martín de Porres de arcilla.

Avergonzado. Cabeza gacha. Tosió.

—Lo primero que hicimos fue salir a respirar.

—Me senté en la escalera. Te tenía sentada en mis rodillas. Y ahí apareció la mujer.

—¿Tu hija ya está bien, no? —me preguntó.

—Sí. Gracias por preguntar.

—No es eso. ¿Sabes qué fue? A tu hija se la quiso llevar el Tunche.

—Has tenido suerte, mamita.

Papá saludó a la mujer.

Siempre ha guardado las formas hasta en los momentos más complejos.

Mamá prefirió guardarse sus palabras, pero persiguió a la extraña con su mirada más furiosa hasta que se perdió en el aguajal. Era una mujer de la zona, de la aldea contigua. Algo mayor.

—¿Te enteraste de lo de la hija de Paredes?

A papá le tembló todo el cuerpo. Fue corriendo a darle la noticia a mamá. Conocían a los Paredes. La noche anterior,

la hija mayor de los Paredes jugaba con su hermana y otros niños de la aldea en su casa. El masato era la bebida que alegraba la fiesta.

—La hija mayor de los Paredes murió hace unas horas.

—¿De dónde sacas eso? ¡Cállate!

Mamá corrió a la puerta de la choza a respirar para no creer.

Me llevó en sus brazos. Yo balbuceaba algo. Papá fue detrás de nosotras.

Vieron que un grupo de mujeres con hojas y flores caminaba en fila india hacia la casa de los Paredes. Las aves, los monos y los bichos hicieron un minuto de silencio.

Mamá reconoció de inmediato a la mujer que se acercaba a ella con urgencia.

—El Tunche tenía que llevarse a alguien —le dijo.

**Noches con Luz**  
*por Federico Pflucker*

Al principio ella no me llamó la atención, pero al detenerme en la puerta del *pub* que Luz administraba me observó con una amplia sonrisa. Salió de la parte posterior de la barra y me abrazó con gran cariño.

—¿Me vas a escribir otro poema esta noche?

Su pregunta hizo que la recordara vagamente, observando su mirada fuerte, alegre y simpática. Yo no podía creer que fuera mi poema lo que le interesaba de mí, sino tal vez mi conversación, una empatía entre los dos y el inevitable coqueteo. En último lugar consideré las buenas propinas que les dejaba a las camareras cuando iba a los *pubs*. Eso siempre causa una buena impresión.

—¿En último lugar? Yo diría que eso fue lo primero —me dijo mi amigo Juan, al día siguiente, al contarle la anécdota a mis amigos del trabajo.

Y todos sonrieron, incluyéndome a mí, aunque yo pensaba diferente. Luz era una persona casi de mi edad. ¿Por qué se trataría de puro interés? En ese tiempo trabajábamos en una consultoría como psicólogos organizacionales. Yo había conseguido ese puesto, aunque mi verdadera vocación era la

psicología clínica. Al día siguiente regresaría para salir de dudas debido al interés que yo también sentía por ella. Aparte de su físico —que no estaba nada mal— y de su mirada, ella era una persona con cierta cultura e inteligencia. Esa noche, entre la música algo estridente del local, habíamos hablado de Ribeyro, de Vargas Llosa y de Bryce. Claro, como al vuelo, pero era una de esas personas que algo había leído.

Esa tarde de todas maneras iría de nuevo, pues ella me intrigó por el gran aprecio que me había demostrado. Yo siempre acostumbraba llegar a distintas horas a mi casa para pasear un poco y ver gente, así que a Laura, mi esposa, nunca le llamaba la atención. Era y soy un gran observador cuando me voy a tomar un café por las calles de Miraflores, además de ser demasiado extrovertido. Me gusta acercarme a las personas, sobre todo a las mujeres de mediana edad o a cualquiera que encuentre accesible, analizando, lógico, si hay una actitud abierta también por parte de ellas. Claro que algunas veces me equivoco y es el pequeño riesgo que corro, pero no puedo evitarlo, considerando que puedo ganar amigas y, caso contrario, no pierdo nada.

Por eso me llamó la atención cuando llegué la segunda vez. Me desconcertó, ya que no creo en supersticiones.

—Te voy a leer la mano, Andrés —me propuso a boca de jarro.

—No creo en esas cosas, Luz —le dije, sentándome a la barra.

—Haz la prueba y verás —contestó.

—Aquí tienes mi mano, entonces.

Sentí cierto calor en su mano y me encantó la sensación. Ella comenzó a tocar línea por línea y me miró a los ojos con gravedad.

—Andrés, vas a tener un accidente —me aseveró con un tono de voz preocupado.

—¿Accidente vascular, del corazón tal vez? —pregunté acordándome de una ligera arritmia cardiaca que padecía.

—No, no —me dijo—. Se trata de algo externo, no relacionado con ataques cardiacos. Cuídate.

—Pero si el accidente va a suceder por más que me cuide... —repliqué.

—Pero puedes reducir sus efectos —me dijo—. Tratar de no morir, ¿comprendes?

—Ah, bueno, en eso tienes razón —asentí.

—Tú sabes, los poetas mueren jóvenes —aseveraba Luz.

—No todos, no creas. Además, no soy un poeta. Solo me inspiro con algunas mujeres.

—No sé, pero a todos les pasa algo —me dijo.

A la vez que tocaba las líneas de mis manos, más me miraba directo, como si estuviera viendo el propio accidente en mis pupilas. Yo comenzaba a pensar que era como una gitana o, peor, como una bruja. Sentía como una mala vibra en su persona, pero no dejaba de intrigarme, quizá más por el cambio de personalidad que notaba en su forma de ser de un día a otro. ¿Y si padecía de personalidad múltiple? Yo había estudiado algo de eso en la universidad.

Me despedí de ella con esas sensaciones, y al cruzar la pista lo hice con mucho cuidado, pues algo había calado en mí su conversación. Confieso que nunca me preocupó excesivamente de cruzar por las esquinas, pero esta vez sí fue así y esperando con rigor el verde del semáforo.

Al siguiente día, en el almuerzo, les conté a mis amigos toda la conversación con Luz.

—Tanto te interesa esa mujer, no te parece rarísima —dijo Juan—. De hecho, que es de personalidad múltiple.

—Bueno —dijo Adrián sonriendo—, ahora tienes tres mujeres, tu esposa, la mujer interesante de la otra noche y esta especie de brujita en que se ha convertido.

—Quizá lo tienes bien merecido por mujeriego —agregó Javier—. Ya tienes tres, fíjate.

No me hicieron gracia sus comentarios, me quedé pensativo. ¿Yo mujeriego? No exactamente, más bien me considero un investigador de la mente humana y, claro, como a cualquier hombre, me encantan las mujeres. Hasta pensé que de todas maneras iría esa noche de viernes hasta descubrir el enigma de Luz. Como al día siguiente no tenía que trabajar, era posible que permaneciera más tiempo para saber algo más de ella. Apenas llegué a la oficina, encendí mi *laptop* para averiguar si ella tenía Facebook y no era así. Después de buscar su nombre en las páginas de internet, por fin encontré una noticia impactante para mí: «Muere empresario en accidente atropellado por su propia esposa». Era Luz Barden, de ella se trataba, sin lugar a dudas. Después la noticia explicaba que, en realidad, el descuido había sido del propio esposo por lo que se detectaron índices de haber ingerido alcohol en un examen etílico. Ella había retrocedido el carro desde el garaje y justo él cayó al piso. Las ruedas pasaron por encima de su cuerpo.

A pesar de esta desagradable noticia, que había sucedido quince años atrás, no me desanimó ir a verla otra vez. Será que, como decían mis amigos, todos los psicólogos somos un poco locos.

Esa noche, primero llevé a mi esposa al Haití de Miraflores y la pasamos bien. Al retornar a casa, esperé

que se durmiera. Me levanté con sigilo de la cama para no despertarla. Tenía que llegar más tarde que de costumbre al *pub* para poder estar más tiempo con Luz y, si fuera posible, regresar a casa antes de que despertara Laura. La verdad es que soy un hombre algo amante de la noche y esto ya lo había hecho en otras ocasiones. No porque no amara a mi mujer sino por mi afán de conocer la psicología de la gente, afán que estaba algo frustrado por no ejercer mi verdadera vocación de psicólogo clínico. Bueno, no me era difícil, pues mi mujer muchas veces duerme tan bien como una niña. Hasta le hubiera podido dar un besito en la mejilla antes de irme y ni se hubiera dado cuenta, pero quien sabe, ¿no?

Al aparecer, esa noche en el local no la pude encontrar tan fácilmente. En su lugar estaba una joven, quien anteriormente me había atendido y recibido mis acostumbradas propinas. Muy amablemente me dijo que la administradora solía pasearse por todo el lugar e incluso hasta bailaba los días viernes. El *pub* estaba lleno de gente y me di algunas vueltas hasta que la encontré. Estaba vestida con una falda de coloridas flores y su pelo peinado estilo gitano. Y, para qué negarlo, se le veía muy bella.

Ella me sonreía con dulzura. Me acerqué casi intuitivamente y comenzamos a bailar una cumbia. Gran bailarina Luz, mientras yo hacía lo mejor posible mirando a los demás y copiándome un poco de cada uno. Era difícil entablar conversación por la música, el movimiento y los entusiastas habladores, las risas de las mesas. Decidí invitarla a sentarnos.

—¿Quieres pedir algo? —le pregunté.

—Un orgasmo —contestó.

—Ah, no sabía que había un trago que se llamaba así.

—Sí, y es riquísimo —me dijo insinuante.

—Bueno, entonces uno para mí también —le indiqué al mozo.

Después me invitó a la parte posterior de la barra, en donde nos sentamos en un sofá-cama. Sí, pues, confié en ella, hasta confiaba demasiado. No porque la considerara una persona desinteresada, ni mucho menos, sino porque con un sospechoso accidente como el de su esposo no tendría nada que ganar conmigo. Tal vez está haciendo un plan a largo plazo, pero no me conoce, en verdad, ni imagina que soy como un detective de la mente.

## Manténganse cerca *por César Armas*

El viento hacía trepidar los vidrios en esta época con más fuerza. Por momentos se oían tan frágiles, vulnerables, pero amenazantes de pronto con los transeúntes, que mantenían la mayor distancia posible, obligados a pasar por los pasillos, casi hociqueando la pared opuesta.

En esta época él caminaba más de prisa. Era mejor llegar tarde a clase, así evitaba intercambiar miradas con ellos. Entraba en el salón, la última carpeta. Ojalá esté estable, mejor no. Timbre, salía raudamente. Si permanecía menos tiempo en el recinto, la dependencia era menor, aunque en el fondo le agradaba saber que ellos funcionaban a partir de él, el protagonista, quien los tenía en sus manos.

Voces en los salones, en los pasillos, a las afueras, se confunden y enredan haciéndome cada vez más insignificante, asfixian mi tráquea y luego respiro. Me agrada, nadie me ve, nadie me teme.

No almorcé nada hoy. No tenía hambre y la comida de mamá sació a los chicos del salón, quizás ellos lo necesitan más, quizá lo donaron a los pobres. Mis libros no están y mi casillero forzado. Nunca guardo nada de valor ahí. Es lo que

se halla en mi cabeza aquello que jamás podrán hurgar. Solo yo, solo yo soy el creador y destructor.

No hay nadie en casa. Puedo ser quien quiero ser en esta época. El cuarto de papá, siempre tan tentador, su mesa de noche todavía más. El revólver del abuelo que nunca usó por los cojones que me sobran. Papá está dentro del promedio si se trata de armas, a golpes supera la media. Lo he visto acometerme. Soy fuerte —le instigo—, no me afecta, menos si viene de ti. Su aliento avinagrado de alcohol se desliza por mi rostro. Hociquea como un perro con una presa. No la toca. Seguiré vivo, seguiré viéndote, quiero seguir haciéndolo, miserable. Lo débil que te sientes si no subo a la habitación a lloriquear. No huiré a buscar a mamá tampoco esta noche, lo siento.

Mi nueva amiga está lista, calibrada y presta para ser dominada por mí, dirigida a quien quiera, te sometes, ¿vale?, ¡pum, pum, pum!, solo los importantes te tocarán hoy, cariño. No hay que escatimar en gastos. Ahora sí llego más temprano de lo usual. El clima templado, sosegado. Finjo leer unas líneas de lo que pudo ser un informe de ecología con olor avinagrado.

Te vi por encima del libro, cruzamos miradas, me sonreíste. ¿Crees que será hoy como cada día anterior aquí, que supeditarás tu baja autoestima, a compensar tu vacío?

Me empuja otro de ellos, adentro. La basura está limpia, no hay informe. ¡Llévatelo, imbécil! Cariño, aún no vas a asomar, estás ansiosa de ser usada por primera vez y no estar sumergida en el cajón, libertad, quieta ahora, ayer te acaricié mucho, no me falles, vas a rutilar en un momento.

## Medias *por Naddia Altamirano*

Durante el acto nunca le vi los pies. Ni tampoco después. Sácate las medias, quiero ver tus pies. Hace frío; no quiero; no me gusta; está bien así; por favor, no insistas.

Por momentos olvidaba la situación o le restaba importancia. Las lunas pasaban y, a la rutina tranquila inicial, se añadió una complicidad apasionada, apetecida, salvo la intriga al nunca haber visto sus pies.

Las medias no eran largas ni cortas, pero sí creo un poco más grandes de lo usual y le llegaban a la mitad de las pantorrillas. Siempre de rombos: verdes y azules, anaranjadas y marrones o grises y azules.

Había un mundo de temas de qué hablar con él, y todo lo que me había parecido en algún tiempo malvado o mezquino, se iba transformando en noble y querido. Mostraba especial interés por toda práctica amorosa que ponía en peligro nuestra reputación y a veces nuestras vidas. Sentía que me estaba envileciendo con una serie de actos desconcertantes, pero, lejos de asustarme, me sentí más apegada a él.

Nos amábamos y ya me había casi acostumbrado a la presencia silenciosa de sus pies cubiertos.

—Mi novio me comprende, pero creo que no me cuenta todo sobre su vida, igual soy feliz —me confesó mi mejor amiga—. A ti también te veo feliz con ese muchacho —agregó—, y a él ni qué decir, se los ve radiantes...

—Sí, tienes razón —le dije—, creo que somos afortunadas.

Me quedé pensando porque me pareció tonto haberme preocupado por algo tan insignificante como aquello: unas simples medias y hasta casi me animé a contarle a mi amiga. Pero no le dije nada. Era mi secreto.

¿Cómo serán sus pies? ¿Tendrá seis dedos? ¿Tendrá unos pies horribles? ¿Le faltará algún dedo? ¿Tendrá alguna enfermedad asquerosa en los pies? Preferiría no saber.

Algunas veces, cuando trataba de llegar poco a poco al punto, él esquivaba fríamente el tema. Todo iba bien, salvo ese pequeño detalle. Entonces pensé que era mejor no insistir y buscar el momento más apropiado. Más que ver sus pies, yo quería saber por qué me los había ocultado tanto.

Luego de una rutina extenuante, nos quedamos totalmente dormidos. Desperté primero y otra vez percibí sus pies con medias, testigos mudos de nuestra unión. Imaginé que podrían estar sonriendo con una sonrisa triunfante y geométrica al nunca haber sido descubiertos, y nuevamente me asaltó el fastidio. Entonces esperé a que se durmiera un poco más y que su respiración alcance un nivel de sueño profundo. Se lo veía más hermoso aun estando dormido, como si el amor lo hubiera embellecido. Me eché con mi cabeza a sus pies. Miré fijamente esos pies que casi se habían convertido en compañeros de nuestros encuentros y testigos de mi intriga. Aproximé mi mano al pie que estaba más a mi alcance, y sentí que estaba haciendo algo que no debía, pero ya estaba ahí. Toqué los bordes de la media. Estos eran suaves, pero ajustaban lo

suficiente. Comencé la tarea de bajar muy despacio el borde y llegué al tobillo. En ese instante, él se acomodó y dio un fuerte suspiro, lo que retardó un poco mi cometido. Curiosamente se me vinieron imágenes de forma retrospectiva de las cosas que vivimos juntos, y me esforcé en recordar dónde lo había conocido, si alguien me lo había presentado y tal vez, de esta manera, hallar una pista, pero caí en la cuenta de que no teníamos ningún conocido en común y que él literalmente apareció como por arte de magia en una salida nocturna. No habíamos tenido nada en común como para encontrarnos.

La textura de las medias facilitaba mi tarea. Ya comenzaba el talón y mi nerviosismo era mayor, cuando de pronto pegó un salto como un rayo, lanzando un grito desgarrador y apartando mi mano con furia: ¡Mis pies no, mis pies no! Se alejó rápidamente, saliendo despavorido por la puerta de la habitación. ¡Por qué, te dije que no!...

Con el movimiento brusco se le salió completamente la media. Pero cuando se alejó, no pude ver ni ese pie, solo su cuerpo hasta los tobillos y una gran ráfaga brillante en el camino que recorrió. La luz me deslumbró y no pude ver una vez más sus pies. Seguro perdí el conocimiento por algunos instantes. Desperté confusa.

—¿Algún problema, señorita? —dijo el hospedero.

—No, nada, gracias. ¿Él se fue? —le pregunté.

—¿Cómo?... Nadie salió, señorita —me respondió.

Nunca supe más de él. El muchacho con medias de rombos y menos... nadie me cree que tengo su media sin par.



**Paisaje**  
*por Luis León*

Despeinado, tal vez. Pero dicen perdido, prostituto, el idiota que se cree no sé qué. Y al final qué interesa que me vista como me alcance. Ayer nomás salí con zapatos diferentes y cuando regresé toda la ola de pifias no me dejaron ni tener sed. Y ahí mismo me dijeron que hubo un atentado contra la municipalidad, y que una obra de teatro en el parque, integrada por niños y ancianos, había sido el objetivo. Heridos, algunas piernas y cueros cabelludos colgando de árboles, y esperando en la pileta olvidada. A las horas, la mamá de un amigo se suicidó porque su hijito, que siempre buscaba anestésicos a cambio de sexo, no tenía cara, no tenía corazón, y su reloj estaba roto. Pobre mamá, pobre mi mamá, pobre yo, pobre mi amigo, pobres anestésicos. ¡No! Todo es mentira y desde ya me declaro ante el juzgado inocente de todo, de mi peinado y de las madres y de las piletas, y que así encontré los cuerpos de arriba abajo y de oriente a occidente. ¡No fui! Además, a veces voy al colegio y me encierro en la azotea o en mi cuarto a leer, ¡en qué momento voy a ser culpable de la infamia!



**Paloma negra**  
*por Nancy Sánchez*

Ahí estaba él, frente a un cajero automático, alto, desgarrado, flaco como una aguja sin ojal, aceite en el cabello, pelos de gato blanco en la chaqueta azul, y zapatillas gastadas por el sol. Ya nadie lo llamaba «joven» y sus ojos reflejaban la desesperanza de un hombre que ha vivido mucho, pero que ha reído poco.

Sacó de la máquina un billete de apenas veinte soles que brillaba en contraste con sus manos, y se dirigió sin rumbo, con la mirada vacía, trémulo, distante y la boca resoplando el esmog de una ciudad sin verde. Caminó unas diez cuabras y se sentó finalmente en una banca. Al costado, unas palomas buscaban, vigilantes, migas de pan, galleta o maíz. Eran como treinta, pero sus ojos se enfocaron en una sola: la paloma negra con la mancha blanca en el ala derecha.

La miró fijamente por un buen rato. Ella caminaba libre, volaba bajito cuando sentía peligro, sin alborotar sus alas, acompañándose de las otras que, a pesar de ser distintas, eran sus iguales. Le entraron ganas de acariciarla y protegerla. Pensó llevársela a su casa para que no tuviese que buscar comida, pero enseguida la vio partir con la bandada para mirar el mundo desde arriba. Sus ojos empezaron a quebrarse

como un espejo roto que se ha caído de tanto ser observado. Una lágrima gorda cayó lentamente sobre el *blue jean* y, sin mover un solo músculo de su cuerpo, quedó petrificado ante la llegada del dolor. Cerró los ojos y recordó en su mente la canción de Chavela Vargas:

*Ya me canso de llorar y no amanece...  
Hay momentos en que quisiera mejor rajarme  
Y arrancarme ya los clavos de este penar  
Pero mis ojos se mueren sin mirar tus ojos  
Y mi cariño con la aurora te vuelve a esperar*

Se tapó la cara con sus manos, como avergonzado, y las hundió en medio de sus piernas, mientras el sol le daba fuerte sobre la espalda. ¿Qué haría con esos veinte soles? ¿Tenía hambre? ¿Tenía sed? ¿Tenía ganas de algo? Nada aparecía. No escuchaba a su estómago, no escuchaba a su boca, no escuchaba a su cuerpo. Ideas iban y venían, pero ninguna que fuese mejor que la realidad.

Su hermano, Humberto, abogado por costumbre familiar, le enviaba desde Argentina la suma de doscientos soles mensuales para ayudarlo. Quizá lo hacía por compasión o quizá también por costumbre, lo cierto es que decidió hacerlo después de que, la última vez, lo visitara y encontrara pálido, ojeroso y tan delgado que era impactante verlo de frente.

Dejó por fin de apretar su rostro y sacó el billete: había encontrado algo en su interior. Caminó hasta un quiosco y compró un periódico, leyó la última página y con paso presuroso se dirigió al cine más barato de la zona. Su corazón palpitaba y su pecho parecía querer imponerse a los botones de su camisa. Llegó agitado a la sala y se sentó en la última butaca,

y mientras tomaba gaseosa y sostenía la cancha pequeña, las lágrimas comenzaron a humedecer su rostro, gota a gota, sintiendo un frío fulminante que reconocía en su memoria. En la pantalla se proyectaba a un niño huérfano, cuya madre acababa de morir y que desde entonces debía ir al colegio solo, jugar solo y llorar solo.

Luego de casi una hora de llanto, su cuerpo comenzó a calentarse. Respiró suavemente, y como descubriendo su piel, empezó a tocar sus piernas, su cara, sus manos. Y tocando sus brazos, vio como si fuera la primera vez la mancha que siempre había estado allí, en su brazo derecho.



**Patio de comidas**  
*por Claudio Temoche Cortez*

Cae la tibia tarde en la calle Las Begonias. El tráfico y el bullicio de la gente saliendo de comercios y oficinas le dan un aspecto caótico. La luz del semáforo cambia y los modernos automóviles van con dirección a la avenida Javier Prado. Personas entran y salen apurados de las dos grandes tiendas por departamentos que uniformizan a los limeños de estos tiempos. Un hombre vestido de terno azul cruza la pista. Camina de manera muy acelerada, como si no llegara a tiempo e ingresa agitado en el patio de comidas.

Como todos los viernes de los últimos cinco años, Arturo se ubica en la mesa instalada al fondo, en el extremo izquierdo del concurrido local. Hasta parece que el público variopinto que acude a ese recital de cubiertos supiese que ese sitio le pertenece. El abogado de la notaria Melgarejo desde allí tiene una visión panorámica que le permite observar y estudiar con discreción al numeroso público.

Prácticamente todos los empleados que atienden en ese concurrido lugar lo conocen. Arturo se ha dado el tiempo de comprar todo lo que se ofrece allí. Son muchos viernes, son muchas horas. Siempre con la misma rutina: compra

abundante comida y refrescos de dos lugares distintos, luego saca de un viejo maletín su cuaderno de apuntes y dos libros que ocupen el resto de la mesa. El objetivo es disuadir a un posible intruso y casi siempre lo logra. Mastica lentamente, y se le ve haciendo anotaciones y corrigiendo todo muy concentrado. Solo se detiene cuando el vigilante le avisa que ya van a cerrar.

Los últimos años han sido difíciles para el «Doctor Jiménez», como lo llaman todos en la oficina. Fue el segundo puesto de la promoción de su universidad hace veinte años. Todos le auguraban un prometedor futuro en el campo del derecho empresarial. «Si me vieran ahora», a veces recuerda con vergüenza. Lo cierto es que su capacidad académica nunca estuvo en discusión. En la notaría, donde labora desde que se graduó, ha visto pasar a una serie de jóvenes abogados a los cuales formó y hoy destacan en diversos estudios. El temor al riesgo, problemas familiares de los que desde la temprana muerte de su padre tuvo que hacerse cargo, y la costumbre de un trabajo que dominaba, pero que no demandaba nuevos retos, lo convirtieron en un profesional poco competitivo. Sus casi nulas habilidades sociales y el paso de los años hicieron el resto.

Hoy lleva a su mesa un combinado de comida china, un plato de ají de gallina y dos vasos de jugo de maracuyá. Ya instalado sigue con la rutina. Esta vez llevó consigo las novelas *La guerra y la paz* y *Muerte en Venecia*. A la primera le guarda especial cariño, ya que gracias a ella tuvo una corta, pero su más intensa relación de los últimos años. Al menos para él. Fue en una de las pocas veces que compartió su pequeño feudo hace casi dos años. Una joven de lindos ojos verdes le pidió compartir mesa en el abarrotado local.

Se llamaba Yana, era rusa y hablaba bien el español. Estaba de turista y se encontraba conociendo varios lugares del país con poco presupuesto. Era fanática de Tolstoi y cuando vio la novela en medio de la comida no fue difícil hacer conexión. Ese día no necesitó hacer anotaciones, se la pasaron conversando y el abogado con una dosis poco conocida de audacia le propuso continuar el diálogo en otro lugar. Ella lo llevó al modesto hotel donde se alojaba y pasaron la noche juntos. Arturo creyó que era la posibilidad de sentar cabeza, ella siempre tuvo claro que era pasar el momento. Tuvieron un par de encuentros ocasionales más antes de que su eventual amante, la estudiante de sociología, siguiera su camino hacia el norte y de allí a Ecuador para no volver.

Como en las anteriores veces se involucra tanto en la lectura y escribe con tan notoria obsesión que el público, que lo mira de reojo, cree que está involucrado en algo importante. Lo cierto es que solo hace resúmenes de los textos que le van a servir de base para una novela que empezó a escribir hace tiempo, pero que nunca termina. De vez en cuando observa con detenimiento a los ocasionales comensales que mayormente ingresan en grupo. Cuando ve a alguien interesante, se imagina una historia que la escribe en su cuaderno. Luego se desanima y tacha lo escrito. Inconscientemente parece querer no terminar el texto y seguir teniendo motivos para visitar el lugar.

Son más de las diez de la noche, como siempre, es el último en salir. Nada quedaba ya del ruido de esa compacta, pero diversa masa de gente que tanto le atrae. Camina por la misma calle que apenas cuatro horas antes lucía distinta. Parece vestida por un manto oscuro y se ve poco transitada. Cruza la avenida Javier Prado y se interna en Lince. Recorre

lo más lentamente posible las diez cuadras que lo separan de su destino. Una vieja casona frente a un parque lo espera, una anciana enferma y postrada por años también. La soledad, la fiel e indeseada sombra que lo acompaña los últimos años, sonrío complacidamente al escucharlo entrar.

**Reloj de arena**  
*por Rosa Céspedes*

El tictac de un reloj del siglo pasado es el único sonido que ahora me acompaña. El sonido de las risas, de los murmullos, de esas carcajadas estridentes ya no forman parte de mi vida. Me he acostumbrado a esperar diariamente a que uno de estos días la muerte toque mi puerta. Cada día, es uno menos para mí. Por eso, cuando abro mis ventanas y veo al pálido y cansado sol, en silencio me digo: «¡Ah, Rigoberta! Hoy quizá sea la última vez que lo veas, la última mañana que te saqué algunas lágrimas con ese brillo infinito que solo él sabe tener».

Camino, musito, repito a diario las mismas anécdotas, una y otra vez, cosa de viejos, dicen. Yo estoy consciente que repito las mismas cosas más de tres veces, pero de lo único de lo que no estoy segura es si tú me escuchaste alguna vez.

Te dije más de mil veces que, cuando vaya al mundo del cual nadie viene y todos temen, me entierres bajo la tierra, pero tú insististe en que no lo harías, que cremar mi cuerpo te parecía más práctico.

¿Qué es la practicidad hoy en día? ¿Olvidar la vida y echar todo al fuego y convertirlo en cenizas y esparcirlas a la nada? ¿Borrar las huellas, quedarnos sin memoria y seguir como si nada? Sí... a eso se resumió siempre la vida para ti.

Te digo que prefiero los girasoles, que mamá siempre los sembraba y me regalaba el primero que brotaba de su jardín, pero tú insistes en que son simples, que son chillones y que en tu vida me llevarías uno a mi tumba. Y es verdad, nunca lo podrás hacer.

Tú y yo siempre hemos sido líneas paralelas. ¡No entiendo cómo me pude fijar en ti! Nunca me diste la razón, toda la vida se nos fue entre riñas y disgustos, entre todo o nada. Toda la vida te dejé ganar. Y así el tiempo se nos fue como un puñado de arena que se escapa de las manos. El tiempo, que tanta falta me hacía para ir al trabajo, para cuidar a los chicos y que ahora me sobra. El tiempo que no me daba tregua y que ahora se ha convertido en mi sombra. Ahora que me sobra tiempo ya ni siquiera puedo dormir, me despierto antes del alba y no sé qué hacer, tan solo recordar porque de eso estoy compuesta: de recuerdos que se desgranán día tras día, recuerdos que ahora me producen una inmensa melancolía.

Hoy camino entre la casa y siempre me choco con viejas fotografías sepia. ¿Te acuerdas lo buenamoza que era? ¿Mi vestido de raso que tanto te gustaba? ¿La primera vez que bailamos boleros? ¿El primer beso que nos dimos saliendo de la iglesia? Fue un domingo de Pascua, yo todavía lo recuerdo.

Salía de la iglesia San Pedro con Dalila, mi mejor amiga, y tú apareciste como por arte de magia, con tu pantalón azul y tu camisa blanca almidonada. Nos saludaste como todo un caballero. Me miraste de soslayo como un cazador a su presa. Y cortésmente nos ofreciste a cada una acompañarnos hasta nuestras casas. Te pusiste en medio de nosotras y nos tendiste tus brazos. Me acuerdo que Dalila y yo soltamos unas risitas pícaras. Dejamos a Dalila en la esquina de

su casa. «Hasta acá nomás le puedo acompañar, señorita, o sus padres me verán con malos ojos», le dijiste.

Sabes, creo que ya todo lo tenías planeado. Me ofreciste una raspadilla, para apaciguar el intenso calor. Caminamos hasta la placita central. Me senté en la banca, mientras comprobabas ese granizo azucarado de colores. Llegaste y muy gentilmente me dijiste: «Espero que te agrade». Te recibí rápidamente y sujetaste mi mano. De pronto cerré mis ojos y cuando los abrí tus labios se besaban con los míos. Sabes, Alejo, ese día volé, sentí que toqué el cielo y desde ese día hasta hoy no dejé de pensar en ti. Pero el tiempo pasó y la rutina nos carcomió día a día como las polillas lo están haciendo con mis muebles ahora.

Tú te volviste un viejo hosco que no aguantaba ni una mosca, que dedicaba las pocas horas que tenías en casa para leer más de tres veces el mismo periódico y cuando te preguntaba sobre las novedades que traía el diario, con tu voz ronca me decías: «¡Lo mismo, mujer, lo mismo!». Y yo... yo seguí esperando algún detalle que me recordara a aquel hombre del primer beso, mas ese hombre nunca regresó y pese a todo lo seguí esperando, limpiando los cristales, bordando manteles y planchando el tiempo. Dando cuerda cada mañana a la colección de tus quince relojes viejos. Dando cuerda al tiempo que siempre camina de prisa agitando su sombrero. Disculpa, Alejo, si hoy te estoy despertando más temprano que de costumbre. Me temo que es de madrugada, los gallos aún no cantan, pero quería decirte esto que me atormentaba desde hace varios años y que por pudor o para evitar más líos entre los dos no te dije nada. Sigue durmiendo que yo también haré lo mismo, pero esta vez más tranquila y sin discursos por decir merodeando en mi cabeza.

Mañana haré lo que hago todos los domingos desde hace quince años. Iré a visitarte y aunque no te guste te llevaré más de una docena de girasoles bellos. Te leeré más de cinco veces algunas rimas de Bécquer y te diré lo mismo, pero esta vez en silencio —¿por qué tú nunca me leíste uno?—. Luego, limpiaré tu casa que muy pronto también será la mía. Te rezaré el rosario de los misterios gloriosos y como siempre le pediré al guardián que te dé una miradita cada tarde. Así será cada domingo, hasta que el tiempo lo decida, hasta que la vida me alcance. Y llegará aquel domingo en que, otra vez por fin, estemos juntos, como perros y gatos, dándonos la contra en todo, pero sin separarnos.

## Señales *por David Navarro*

La situación de por sí ya era incómoda, se habían quedado solos, frente a frente y en silencio. Era la primera vez que entraban juntos. Fue entonces que Ricardo comenzó a acariciar, con cierto temblor, el lunar semejante a un grano de café sobre su pulgar derecho. Recordó a su natal Trujillo, al olor a tierra húmeda de su barrio, a la vez que, siendo aún un niño, empuñó por primera vez un arma, guardada por sus primos en su casa, y cómo se animó a salir con ella, poseído por una fuerza superior a él. Permaneció dos días sin salir de su habitación. Su madre le preguntaba qué le pasaba y él no respondía, se sentía nervioso, pero a la vez gozoso de lo que había hecho. Cuando le contó a sus primos mayores lo que había hecho, le tiraron un cocacho en la cabeza. Luego, acostumbrados a pensar más en el premio que en el castigo, se sentaron a preocuparse qué hacer con la moto nueva.

El lugar, a pesar de ser pequeño, tenía buena ventilación, seguro que en cualquier momento volverían a moverse. Ella hacía unas semanas que se había mudado al edificio en el que todavía quedaban departamentos sin venderse. Ricardo, muy atento, le ayudaba a bajar de la movilidad escolar, cargaba su

pesada maleta de oso panda con rueditas. Una vez se animó a preguntarle por el deslucido tatuaje de escorpión subiendo por su brazo derecho, como tratando de esconderse debajo de la camisa. Él solo sonrió avergonzado.

Las luces primero parpadearon y luego se apagaron por completo, el ventilador dejó de funcionar, todo se oscureció hasta dentro de los espejos. La niña en su temor buscó la mano de Ricardo, la sintió sudorosa, se preguntó por qué Sonia no había bajado a recogerla como siempre, y antes de soltarse y comenzar a gritar su nombre, él le tapó la boca. De nada sirvió la mordida que le dio a ese grano de café de nacimiento, que Ricardo relacionaba junto con su tatuaje como marcas que habrían de señalar su destino, uno desde el vientre de su madre y otro cuando estaba internado en el centro de rehabilitación juvenil. Así, luego de mucho tiempo, sintió cómo la sangre le hervía nuevamente. Le susurró a la menor que su empleada estaba durmiendo, que no tuviera miedo, que él la amaba y empezó a hacer jirones su uniforme, a apretar más fuerte, más fuerte, hasta sentir cómo el pequeño cuerpo se desvanecía en el ascensor que él había detenido.

## Sizigia

*por Bruno Cueva*

En su zona abdominal, las quemaduras intensas le alertaron de la gravedad de su situación. Grisha abrió el traje que lo arropaba, escupió el tubo flexible que tenía en la boca y arrancó las pequeñas porciones de la indumentaria blanca que se adherían a su piel como garrapatas coléricas, y como todos sus sentidos se proyectaron a extirpar la urgencia, reparó mucho después que se encontraba en un lugar atiborrado de estrellas cuan plaga de anélidos. De no haberse revelado un cuerpo que se contraía a diez metros, el abandono y la soledad se hubieran encargado de diseñar, en esa alucinación, su sepultura en medio del horizonte.

Se arrastró entre las ruinas rocosas gritando de dolor por una rótula maltrecha. El cuerpo observado, de algún modo u otro, era motivo de esperanza, redención, respuestas. Por tanto, siguió reptando hasta que llegó a él. Poco después, advirtió que el casco que portaba empezaba a cortar le las vías de oxígeno, pero no encontró la forma de quitárselo. No recordaba nada. Su mente estaba vacía, al igual que ese desierto lóbrego. Cuando el moribundo hubo quedado quieto, a Grisha no le importó avivar más el dolor ajeno y lo sacudió

para pedir explicaciones. Totalmente desesperado, tampoco se había cuestionado cómo es que descubrió la silueta con su visión decadente. Viró su humanidad, no sin crujir sus articulaciones, y alcanzó a ver a duras penas que un espectáculo inusual levitaba: un eclipse nacía en el cielo. Una esfera titánica mantenía su hermetismo en la negrura, como si no hubiese querido atestiguar la extinción de lo que sugería ser el último estornudo de la estirpe terrestre.

—¿Qué es este lugar tan horrible? ¿Por qué estamos con estos trajes? —preguntó Grisha.

—¡Se me acaba el aire! —balbuceó el moribundo— ¡Quíteme esta cosa de la cabeza! Quiero que todo sea digno.

El ruso lo cogió desde la espalda y trataba de retirarle el casco. Las palabras de su único acompañante se chorreaban en señales de radio que escapaban de su pecho, como una hemorragia incontrolable. Ambos observaron los progresos de la interposición de astros.

—¿Dónde estamos, anciano? ¿Al norte? ¿Al sur? ¿Dónde se ven estos fenómenos? ¿Qué es todo esto? ¡Dígalo o moriremos! ¿En qué parte del planeta podemos estar para apreciar este eclipse lunar?

—¿No ves... los rayos? —respondió el moribundo, quien hacía un esfuerzo por leer los labios de Grisha detrás del visor.

—¿Es un eclipse de sol, entonces? —replicó Grisha, tomando excitado una roca ígnea y deshaciéndola en sus guantes.

—Mira los rayos... aunque... es mejor si mueres ya sin saberlo...

—¡Solo veo a la luna aparecer! ¡No me haga perder el tiempo! ¿Dónde estamos?

—¿Has visto... bien?

Los astros cesaron su danza y el espectáculo se pudo atisbar mejor.

—¡Aquello no es la luna! ¡Es nuestro hogar! ¡Es la tierra, muchacho! ¡La tierra!

Y en un ronquido demente las palabras del viejo se enterraron en el gran panteón inexplorado.



**Noche en guardia**  
*por Martha Robles*

Simón es un hombre que respira en la hora exacta, por encima de las noticias ya olvidadas. A la medianoche, su escritorio se convierte en su reino por las siguientes doce horas. Por lapsos, sus párpados caen hasta que algún inquilino irrumpa en su frágil sueño.

El teléfono verde claro, ese que ya se muestra con el discazo oscurecido por el uso, no fue la impronta que perturbó su tranquilidad. A veces, se le exige mantener la paz en el bloque de siete pisos.

En esta noche, las noticias siguen sin siquiera alarmar. En la ciudad, eso se está volviendo extraño.

Sin embargo, apenas iba a entrar a la delgada línea del descanso, en esa fracción de segundo, Simón fue expulsado de su puesto de control. No pudo pensar más, en tierra, su cuerpo soportó el peso de la mampara hecha pedazos.

De los siete pisos de un edificio ochentero, los ecos retumbaban por los pasillos quebradizos. Los bebés cambiaron de color por la potencia de sus cuerdas vocales. En los primeros quince minutos, no se sabía cuál fue el blanco, pero ya iban bajando en fila de procesión los vecinos malheridos.

Desde mi lugar, no entendía muy bien por qué la calma se vuelve un juguete importado, ese que solo se observa intocable en el escaparate. Mis amigos parecen dormidos, sus padres están a su lado con la cabeza colgando por el cansancio de hacerlos respirar en vano.

Mis padres eran silenciosos y también sentían cansancio. Yo nunca supe lo que realmente pasaba, ellos solo ordenaban el caos y a partir de las cuatro de la tarde comenzaba mi encierro. Si me he vuelto coleccionista de monedas es por ellos. Ni la radio ni la televisión hicieron mi cautiverio placentero. Yo crecí encapsulado en la historia y en la antigüedad.

Desde la última vez que vi a los gemelos Sebastián y Marcelo durmiendo tendidos, no he vuelto a sentirme feliz rodeado de personas. Sigo en el mismo edificio con lo poco que dejó papá, tal vez sintió que tenía que ir detrás de los gemelos.

**Un poco más**  
*por Pedro Reyes*

El televisor con volumen moderado, la toalla blanca se asoma por debajo del pie de la cama, la sábana de color rosa va cubriendo por completo aquellos cuerpos desnudos, que, excitados de tanto placer e intercambiando besos apasionados, se convierten en uno solo. Con sus manos, van deslizándose sus espaldas, se brindan suaves caricias, exploran por completo cada rincón de esa masa corporal acalorada por un deseo pasional.

Los pezones de Juana se mantenían rígidos. Ella gemía como loba en plena noche de luna llena, cada vez que Mario los succionaba.

Mario suspende por un momento su labor, se sienta y coge el control remoto para cambiar de canal.

La hermosa damisela espera tendida sobre el colchón, acaricia la espalda de su eventual y profundo amante. Ella, con una sonrisa débil, le pide volver al lecho, lo abraza, acercando la boca por debajo de su nuca, cual helado en pleno verano, le da lengüetazos. Desliza sus manos por los fornidos pectorales de Mario, cual vehículo sin freno, llega hasta el miembro viril —que permanecía rígido como un cañón de guerra— y sin

titubear acerca lentamente sus labios llegando introducir el músculo carnoso hasta donde le dé la garganta.

Mario la contempla con detenimiento, levanta la mirada y cierra los ojos, no puede ocultar el placer que le produce el sexo oral que Juana le realiza.

Juana se pone de pie frente a él, concreta un beso con furia, con frenesí le muerde los labios, queriendo arrancarlos, le jala de los cabellos, pasados varios segundos, ya más calmada, le susurra al oído :«Me derrito, papi. Amor, llegó el momento, hagámoslo», se separa de él lentamente, su cuerpo va cayendo encima del colchón.

Mario, aún de pie, permanece quieto contemplando a su compañera, busca la manera de continuar con algún entretenimiento previo al coito, algún juego que mantenga a Juana estimulada y que le acerque al tan esperado orgasmo.

Sube a la cama, se pone de rodillas y besa el estómago de Juana, luego lame incontables veces su ombligo, obligando a que Juana realice movimientos incontrolables, como si estuviera poseída por los mil demonios. Diez, veinte, treinta segundos más, y terminó besando sus genitales, pasando —una y otra vez— la lengua por el clítoris enrojecido.

Habían tenido más de treinta minutos de excitantes juegos y locuras, para terminar el coito en menos de cinco. Aunque eso bastó para que lleguen juntos al orgasmo, no sirvió de mucho para disimular el trastorno que padecía Mario, quien apoyando el cuerpo (amortiguado por las almohadas) a la cabecera no podía ocultar el fracaso. Su corpulenta figura no lo convertía en el mejor amante en la cama, su precocidad era la gran tormentosa vergüenza que lo acompañaría para toda la vida.

Luego de un profundo suspiro, se recuesta al costado de ella, traga saliva, se le hace difícil ocultar la amargura de que

(frente a sus ojos) su glande pierda la firmeza que lo mantenía erecto, encogiéndose como el moco de un pavo. Lleva ambas manos a la cabeza, agitándola se lamenta de su desgracia varonil, y con la mano diestra realiza leves movimientos tratando de recobrar la virilidad de su aparato reproductor. Sus intentos fueron en vano.

Mario observa a Juana, quien yace dormida en el lecho. La sonrisa que le brota de los labios le da una sensación de satisfacción. Está más hermosa que de costumbre; mejillas enrojecidas que parecen latir, cabello revuelto. Se acerca para darle un beso, mientras una lágrima solitaria emerge de sus ojos, la misma que se pierde antes de tocar la superficie.

Ella abre los ojos, mira con ternura a su alrededor. Mueve la cabeza negando lo sucedido.

Ambos duermen.

Él, pensando con la vergüenza de encontrarse al siguiente día junto a todo su círculo amical.

Ella, decepcionada de su hombre porque ese instructor de *spinning* no funcionó en la cama como sí lo hace en la bicicleta.



*Secretos del arte de narrar.*  
*Muestra de cuentos del taller de narrativa*  
*dictado por Carmen Ollé*  
se terminó de imprimir en febrero de 2018  
por encargo de la Subgerencia de Comunicaciones  
de Petróleos del Perú-Petroperú SA





Esta selección de relatos —que agrupa los textos «Anitas» de Luis Juan Torres, «El secreto de Bea» de Ángel Málaga, «Faltan pocos minutos para las ocho» de Eduardo Sosa, «Renuncia» de María Aguilar, «Diáfano» de Maribel Cuellar, «El centro no se come» de Ángel Misari, «El dije» de Anyela Mariño, «Encuentro» de Maryani Paz, «Insectos negros» de Wilhelm Coyco, «Las palabras y la voz» de Alfonso Rivadeneyra, «365 días» de Juliane Angeles, «Noches con Luz» de Federico Pflucker, «Manténganse cerca» de César Armas, «Medias» de Naddia Altamirano, «Paisaje» de Luis León, «Paloma negra» de Nancy Sánchez, «Patio de comidas» de Claudio Temoché, «Reloj de arena» de Rosa Céspedes, «Señales» de David Navarro, «Sizigia» de Bruno Cueva, «Noche en guardia» de Martha Robles y «Un poco más» de Pedro Reyes— es solo una muestra del entusiasmo creativo de un taller que consiguió convocar a aproximadamente cien personas interesadas en el arte de narrar.